

## Angel M.<sup>a</sup> de Lera

### LA AVENTURA DE VIVIR

**S**UCEDIO en un pueblo de la serranía alcarreña, Baidés, donde el aire huele a espliego, tomillo y flores silvestres, a las tres menos cuarto de la tarde, hora solar, de un día de primavera, el siete de mayo de 1912. Las manos de mi propio padre, médico rural, me «sacaron» al mundo. Aquel mismo día, y casi al tiempo, paría en el portal de mi casa una gitana que llegó allí con el hijo en el vientre, a lomos de un jumento, y salió, poco después, con el hijo en brazos, jineteando la misma cabalgadura. Según me contó mi padre, la casa tembló por el paso de un tren, justo en el momento en que yo rompía a llorar por primera vez, y mi madre solía decirme que estuve llorando sin parar durante tres meses, por lo que hubo de recurrir a los servicios de una niñera sorda y a la colaboración de un gran mastín que mecía mi cuna impasiblemente.

De Baidés pasé a Membrilla, pueblo manchego de la provincia de Ciudad Real, en un campo llano de trigo y vid, donde empecé mi vida escolar y recibí las impresiones desgarradoras de la guerra de Marruecos. Vi el sorteo de los quintos en la plaza y cómo lloraban las madres cuando a sus hijos les tocaba hacer el servicio militar en África, como si ya estuvieran muertos. Un día sorprendí a mi padre leyendo un periódico en cuya primera página aparecía un gran retrato a pluma de un militar de grandes bigotes, el del general Silvestre, y le oí comentar «Qué desastre y qué vergüenza». Supe luego que se refería a la derrota de Annual. Las rondas de bandurrias y guitarras, las mulas enjaezadas con cintas de colores y espejuelos el día de San Antón, las matanzas del cerdo, los novios pegados a las rejas y cubiertos con mantas, los velatorios, los corros de mujeres deshojando azafrán, los ayuntamientos de perros y asnos, las mozas reverberantes, la trilla, las tartanas y galeras, los festejos y bailes al aire libre y todas las demás recias estampas de aquella vida quedaron en mi memoria como tatuajes a fuego.

A mi padre le venció la querencia

a su patria chica, Laguardia, de la provincia de Alava, y fue a ocupar la plaza de médico de Lanciego, pueblo muy próximo a aquél, donde mi abuelo ejercía las funciones de farmacéutico, y en cuya rebotica se juntaban todas las tardes los seis o siete curas, alrededor del brasero, para comentar las noticias de «La Gaceta del Norte», que era el periódico más liberal de los que toleraban. El ABC y LA VOZ sólo los recibían el estanco y el secretario del Juzgado, las dos únicas ovejas negras en aquel redil de almas apostólicas. En la escuela de Lanciego aprendía, en dos años, más gramática, historia y geografía, que la mayor parte de los actuales alumnos de BUP, bajo la

batuta de un maestro inolvidable. No fui un niño pendenciero, pero sí arriscado. Descubrir nidos, robar fruta, pescar cangrejos y derribar vencejos, jugar al marro y a la pelota, montar a caballo, bromear con las chicas y berrear en el coro, eran mis expansiones favoritas de muchacho saludable y desenvuelto. Por ser el nieto mayor, pasaba largas temporadas en casa de mi abuelo, un hidalgo del siglo XVII, hijo de un militar que estuvo con Prim en Los Castillejos y con Ruiz Zorrilla en la emigración. Se llamaba Hermenegildo de Lera y López de Samaniego. Su mayor ilusión era que yo llegase a obispo. Constante y machaconamente me predicaba las excelencias del sacerdocio. Por eso,

Lera en uniforme de Comisario, 1938.





cuando llegó la hora de decidir mi destino, a su pregunta, delante de mi padre, de qué me gustaría ser, contesté que cura. A mi padre no le gustó la respuesta, pero como, en opinión de mi abuelo, mi vocación sacerdotal no admitía dudas, no tuvo más remedio que resignarse. Y comenzó mi aprendizaje del latín, junto con otros rapaces de vocación tan evidente como la mía, a las órdenes del arcipreste, Jenaro Quincoces, el gran cacique ensotanado del pueblo, cuyo método pedagógico consistía en abofetear al alumno distraído o torpe hasta que se le caía el bonete. Era paisano del célebre cura de Santa Cruz, caudillo carlista famoso por su ferocidad, su aspecto de jabalí y el enorme garrote que simbolizaba su dialéctica. Cursé los cinco años de latín y humanidades en el Seminario Menor de Vitoria e ingresé posteriormente en el Conciliar de dicha ciudad levítico-militar, en el que se estudiaban la Filosofía y la Teología. En ambos, los escolares estaban sometidos a una rígida disciplina, capaz de congelar el alma. Se estimulaban la soplonería, el fingimiento y la falsa beatitud. Cada año morían algunos muchachos corroidos por los «escrúpulos religiosos», una enfermedad del espíritu consistente en creer que se cae en pecado mortal cada vez que el demonio nos tienta con imágenes y pensamientos que excitan la libido y que si en ese momento muriéramos iríamos al infierno irremisiblemente. Confesiones a media noche, durante el día, insomnio, inapetencia y, como final, la anemia perniciosa o la tuberculosis galopante, según la terminología empleada entonces. La gran mayoría superaba el trance o era inmune al contagio. A mí no me atacó nunca. Eso sí, padecí mi crisis de misticismo, pero salí de ella sin fe. En aquel tiempo conocí a Mateo Múgica, el primer obispo vasco que ocupó la sede de Vitoria, que entonces comprendía también las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Era un tipo tosco, pésimo orador, fanático y autoritario. En su pontificado tomó cuerpo algo que ya venía gestándose en el Seminario, el nacionalismo, mediante el influjo, cada día mayor, de los lustrosos frailes de Aránzazu y de los jesuitas de Loyola. Allí vi por primera vez la cruz gamada o aria y oí hablar de dolicocefalos y braquicefalos, de ángulo facial y pureza de raza, de la iglesia corrompida de Toledo y el nombre de Sabino Arana. Sin

embargo, el euskera no pasaba de ser una lengua muy minoritaria entre el alumnado, pese a estar integrado mayoritariamente por vizcaínos y guipuzcoanos. La lengua de expresión general era el castellano, y, en las clases de Filosofía y Teología, el latín. Se creó un aula de lengua euskera, de carácter voluntario, con muy escasa asistencia, y se efectuaron estudios e investigaciones filológicas para la redacción de la gramática y del diccionario que unificasen en antiquísimo idioma vasco, pues existían notables diferencias léxicas, fonéticas, ortográficas, incluso sintácticas, entre sus diversas ramas dialectales. Por el contrario, se advertía una profunda impregnación literaria castellana en la vida académica. Debido quizá a ese ambiente, afloró en mí la vocación

por las letras. Allí conocí a nuestros clásicos, a los románticos del XIX y a los modernistas y vanguardistas del principios del XX. Mis primeros, balbucientes poemas, los publiqué en la revista del seminario, «Gymnasium». Entre tanto, murió mi padre, víctima de la segunda gripe, en el año 27, de madrugada, mientras nevaba y los cinco perros lobos que constituían su escolta aullaban lastimeramente. Fue el primer gran dolor de mi vida.

Murió mi padre en plena epidemia, en el cumplimiento de su deber, visitando enfermos hasta que cayó él mismo. Llegó a casa moribundo y expiró doce horas después. A consecuencia de ello, concedieron a mi madre, dos años más tarde, una administración de loterías en La Línea de la Concepción, en la frontera con



Angel María de Lera, con su padre.



Gibraltar. Coincidió este hecho con la pérdida de mi fe religiosa. Por este motivo abandoné el seminario y, desde la levítico-militar Vitoria, salté a su antípoda. La Línea de la Concepción era, y es, una ciudad acogedora, luminosa, sin prejuicios de clase ni de casta, de espíritu abierto y liberal. En ella descubrí el sentido de la vida, la mujer, y se abrió ante mis ojos el panorama político-social de España. Estudié y trabajé. Tuve que aprobar el bachillerato en dos exámenes, porque entonces no se convalidaban los estudios realizados en centros eclesiásticos, y, seguidamente, como alumno libre, comencé Derecho en la Universidad de Granada. Fundé el Partido Sindicalista de Angel Pestaña y pude ser diputado en 1936 si no hubieran excluido a Pestaña de la candidatura del Frente Popular en Zaragoza. Inmediatamente estalló la guerra civil. Salvé la vida huyendo a Gibraltar en un hote, después de permanecer diez días oculto en un pequeño taller de alfarería, en las afueras de la ciudad. Pensaba haber terminado la carrera en los exámenes de septiembre, pero ya no pudo ser y nunca sería abogado, mi gran ilusión. Durante los años precedentes a la guerra civil escribí y publiqué numerosos artículos en el diario «La Tierra», de cuya redacción formé parte, y en la revista valenciana «Estudios». La revolución del 34 me cogió cumpliendo el servicio militar en Madrid y accidentalmente fui conductor del tranvía número cuatro, de Ventas a Sol y viceversa, vestido de soldado.

La guerra civil comenzó para mí con mi arribo a Málaga, en agosto de 1936, en el cañonero español «Uad-Lucus», que mandaba un «cabo de cañón» del acorazado Jaime I. Formábamos la expedición unos 400 refugiados. A mitad del camino, al amanecer, apareció una escuadrilla de aviones en dirección a nuestro barco. Naturalmente, cundió el pánico entre el pasaje. Entonces, el artillero del Jaime I nos gritó desde el puente, a través de un altavoz, que no temiéramos, porque contábamos con suficientes medios de defensa antiáerea. En efecto, apareció en el puente una escuadra de marineros armados de fusil... Menos mal que los aviones pertenecían a la base republicana de Torremolinos. Nos sobrevolaron, nos saludaron sus tripulantes y siguieron su vuelo de descubierta sobre el mar. Málaga era un espectáculo ferial. Los milicianos iban al frente o volvían de



Lera, de niño.



Seminarista, en Vitoria.

él a voluntad. Las terrazas de la calle de Larios se veían siempre concurridísimas bajo el estruendo ininterrumpido de los himnos revolucionarios que brotaban de innumerables altavoces. Sus noches eran alucinantes: «pacos», nutridas descargas de fusilería, aullidos de sirenas, gritos de las patrullas... Un día, la aviación fascista bombardeó los depósitos de CAMPSA. Tuvimos que acudir urgentemente a sacar bidones de gasolina en medio de grandes llamaradas,

a conciencia de que podíamos volar por el aire en cualquier momento. Qué generosa locura la de aquella gran masa anónima que así se jugaba la vida, me decía yo viendo a tantos niños, mujeres y hombres hormigüear entre los grandes depósitos en llamas, chamuscados, casi asfixiados, alegres e incontenibles, y qué inútil heroísmo, pienso ahora, desde la distancia de los años.

Me trasladé pronto a Cartagena, otro ejemplo de desorden y de entusiasmo delirantes y, a los tres o cuatro días, llegué a Madrid, donde la guerra era todavía un sainete: desfiles, chistes, bullicio en calles y cafés, retórica inflamada, frivolidad y cachondeo. Me incorporé en seguida al Regimiento «Pestaña», que estaba reorganizándose, con la graduación de teniente y en funciones de delegado político. Las noticias eran catastróficas. Las columnas de Varela, después de tomar Toledo, avanzaban, incontenibles, sobre Madrid. Entonces se creó el comisariado de guerra. El día 17 de octubre fui citado al Ministerio de la Gobernación, donde, junto a los representantes de los demás partidos y organizaciones, recibí el nombramiento de manos de Largo Caballero. Partí inmediatamente para el cuartel general del coronel Mena, situado en Torrejón de Velasco, en el que me encontré, además, con los comandantes Enciso y Ristori. Este último moriría en mis brazos al día siguiente, en la ofensiva que emprendimos para recuperar Illescas, con una batería del siete y medio y 37 proyectiles. Retrocedimos a Parla. Nuevo jefe: el coronel Pugidengolas. También murió acribillado a balazos por un grupo de milicianos que huían despavoridos. Getafe. Madrid. Se va el Gobierno y llega Varela a la Ciudad Universitaria. Soy destinado a recorrer la ciudad en un coche provisto de potente altavoz para arengar al pueblo de Madrid en mítines relámpagos al aire libre, en calles y plazas. «¡Madrileños, a las armas!», «¡No pasarán!». Pero no había armas y los hombres marchaban al frente en camiones repletos, en travía o a pie, a cuerpo limpio, para coger el fusil del que cayera. Entusiasmo indescriptible. ¡Qué días! Los más emocionantes que he vivido. Por fin, la primera brigada de voluntarios extranjeros destilando por el Paseo del Prado a los sonos de la «Internacional» cantada en varios idiomas. Noches siniestras, sin luz, con «pacos» en todas las esquinas y coches fantasmas



que salían de la embajada alemana y recorrían las calles disparando sus ametralladoras contra todo lo que se moviese. Era el terror. Pero se salvó la ciudad. Entonces se me encomendó recorrer algunos pueblos y ciudades para relatar el «milagro» de Madrid y elevar con ello la moral de la retaguardia. Poco después de la batalla de Guadalajara fui enviado al Norte. Alicante, Gibraltar, Tánger, Marsella y Bayona. Hablé públicamente en Tánger, donde conocí la inepticia de nuestros representantes oficiales y la equivocada política que hacían. De Bayona pasé a Bilbao en una avioneta de seis plazas de la línea aérea que acababa de estrenarse, porque la comunicación marítima era absolutamente imposible por la acción de los «bous» armados del adversario. Las tropas franquistas se hallaban ya ante el «cinturón de hierro» de Bilbao, cuyos planos había entregado al enemigo su propio autor. Bilbao, Santander, Gijón... Yo tenía que informar acerca de la situación militar y moral de aquellas provincias... La desconexión entre los mandos militares y el gobierno vasco y entre éste y el de Asturias y León, junto con el aislamiento de la zona y la escasez de víveres y municiones que padecía, presagiaban la catástrofe. En medio de tanto desconsuelo, el comportamiento de los asturianos, su valor, su extraordinaria capacidad de sacrificio, y, sobre todo, su inquebrantable moral combatiente, me asombraron. Vivían para la guerra. Pasaban hambre y frío sin rechistar. Peleaban en Bilbao y frente a Oviedo con el mismo coraje. Era mucho, pero no había más. Tenía que volver por el mismo camino, pero, cuando llegué a Bilbao, me encontré con la población en los refugios, vacía y sembrada de papeles la Consejería de Gobernación, y con que el enemigo bombardeaba Archanda. Retrocedí a la estación y pude agarrarme al último tren de fugitivos, rumbo a Santander. De nuevo en Gijón, Belarmino Tomás me reservó una plaza en un barco que haría escala en Santander para embarcar a 1.800 pasajeros entre mujeres y niños vascos, con destino a San Juan de Luz. Este viaje requiere un libro para contarlo. Un barco carguero, con bandera inglesa y matrícula de Shangai, capitán austriaco, tripulación china y su telegrafista era un ruso blanco que hablaba español... Lluvia constante, provocaciones del crucero rebelde «Almirante Cervera»,

apoyo del acorazado inglés «Hood», mujeres desesperadas, niños hambrientos, llantos, peleas y maldiciones. Al cabo de cinco días y cuatro noches sin comer y bebiendo agua de lluvia encharcada, de pie, abrazados para sostenernos y poder dormir intermitentemente por turnos, llegamos al puerto francés de La Rochelle, sucios, exhaustos, fantasmales, como una carga humana de desecho. Allí, el



*Lera, teniente de milicias, en septiembre de 1936.*

Frente Popular francés nos obsequió con leche, inyecciones y duchas, en los tinglados del puerto. Al llegar a Valencia hube de tomarme un descanso para reponerme e, inmediatamente después, me incorporé al IV Cuerpo del Ejército que mandaba Cipriano Mera, en Guadalajara. Entre tanto, con el Gobierno en Barcelona, murió mi amigo Angel Pestaña, un luchador ejemplar, siempre generoso y desprendido, de lúcida inteligencia y espíritu valiente. El resto de la guerra, como comisario en una brigada catalana de línea, lo pasé en la serranía alcarreña, interviniendo sólo en operaciones militares de apoyo y distracción. Hallándome en Madrid disfrutando un permiso de 48 horas, se produjo la sublevación de Casado y Besteiro contra el trashumante go-

bierno de Negrín, después de que Azaña dimitiera su cargo de presidente de la República y Martínez Barrios, su sucesor constitucional, se negase a volver a la Península. No quise participar en esta segunda guerra civil y me mantuve al margen en aquella lucha demencial que el pueblo llamó despectivamente «semana del duro».

### III

Presencé la entrada de las tropas franquistas en la capital de España. Naturalmente, hubo alegría por parte de unos y una mortal tristeza por parte de otros. La delación se convirtió en deporte nacional. El terror y la furia represiva recorrían la ciudad como canes husmeadores. Empezaron las prisiones, los terribles interrogatorios y los consejos de guerra sumarísimos de urgencia. A mí me detuvieron el 21 de abril por denuncia de alguien, cuyo nombre ignoro y no quiero conocer. Me llevaron a un hotelito que entonces existía en la Glorieta de San Bernardo y, después, al sótano de la casa número siete de la calle de Vallehermoso. Madrugadas y noches de insomnio y alaridos. Por fin, descansé en la prisión de San Antón. El día primero de mayo me juzgaron. «Estoy de acuerdo con la calificación fiscal de los hechos, que son gravísimos, pero, teniendo en cuenta que nuestro Caudillo viene como Santiago, montado en su caballo blanco, dando la mano a los vencidos, pido para mis defendidos la pena inmediata inferior», murmuró el defensor, un jovencísimo allérez rubio y sin rostro. Me condenaron a muerte. Parecía una broma. Pero era verdad, aunque increíble. Empezaron las «sacas» con dirección a los muros del cementerio del Este. Un par de ellas a la semana, con seis o siete precios cada vez. Cuando aparecía el siniestro funcionario con la lista fatal, nos agolpábamos a su alrededor para ver si estaba o no nuestro nombre en ella. Yo tenía veintisiete años recién cumplidos y no quería morir. Pero ni mis compañeros ni yo habiésemos doblado la rodilla. Nos creíamos héroes. En aquel tiempo aprendí todo acerca del hombre, de la vida y de la muerte, en el libro abierto de aquella realidad acuciante y abrumadora. Mes y medio después, un suboficial me comunicó que el Caudillo había tenido a bien conmutar mi pena de





*Lera con Pestaña y otros compañeros, en octubre de 1936.*

muerte por la de 30 años de prisión mayor. Enhorabuena y abrazos, porque una condena de 30 años se consideraba entonces una gollera, y, por mi parte, la misma perplejidad que se siente cuando uno se despierta después de vivir en sueños alguna espantosa pesadilla. Después, se desató en mi interior el clamor triunfal de todas las células de mi cuerpo y sentí la embriaguez de vivir. Sin embargo, me esperaban largos años de agonía. Treinta y ocho meses en el dantesco penal de Ocaña. Fusilamientos, apaleamientos y la muerte por hambre rondando en torno de cada uno de nosotros sin cesar. Prisiones de Aranjuez, Santa Rita, Carabanchel, Guadalajara y Zaragoza. Revisión de mi causa en un nuevo consejo de guerra. Condena de 21 años de prisión y, finalmente, la excarcelación, en diciembre de 1947. Y ahora, ¿qué? Desolación familiar, miseria. Trabajé en la construcción, vendiendo gaseosas por bares y chiringuitos, escribiendo para una academia fascículos de contabilidad que «fusilaba» de otros textos. Mi peregrinación por los oficios terminó cuando me «coloqué» como escribiente en una fabriquita de licores del barrio de Las Carolinas, con mil pesetas de sueldo al mes. El personal de la empresa se reducía al dueño, al repartidor, al que lavaba y llenaba las garrafas y a mí. La gente del barrio que, en su mayoría se dedicaba a la busca, a la cría de

cerdos y al trapicheo de chatarra, me llamaba «señor Angel». Además de llevar las cuentas de la fabriquita, ejercía las funciones de amanuense y asesor de la masa de emigrantes que llegaba de Andalucía y establecía su campamento cerca del puente de la Princesa, donde, en una noche, construía sus chabolas, y que protagonizaría, después, mi primera novela «Los



*Lera, en la bodeguilla de Las Carolinas, cuando era escribiente contable de la misma.*

olvidados». Era el año 1948. En el verano de 1949 conocí a la mujer que sería mi esposa al año siguiente. Para poder casarnos tuve que pedir un crédito de 5.000 pesetas al Monte de Piedad. Compramos un armario de luna en la calle Valverde por 1.300 pesetas, pero, como no podíamos pagar el porte, lo despiezamos y, entre mi novia, María Luisa, mi futuro suegro y yo, lo trasladamos a hombros, por la noche y a pie, desde la tienda hasta la Avenida de Felipe II. Nos casamos una mañana de mediados de septiembre de 1959, y realizamos el viaje de novios en un vagón de tercera que nos llevó a Logroño. A partir de entonces, mi espíritu empezó a remansarse, aunque yo continuara luchando a brazo partido con la adversidad. El enorme caudal de experiencias vitales; mi pensamiento, alabrado a través de tantas vicisitudes; mi sensibilidad, agudizada y purificada por el espectáculo vivo del dolor y del amor humanos, y mi conciencia, forjada en la porfía por los derechos inalienables del hombre, se conjuntaron, se fundieron, se armonizaron, se decantaron y, en suma, maduraron en mí, en el hombre que luego he sido. Entonces empecé a sentir la necesidad imperiosa de escribir, ya que las circunstancias no me permitían liberarme de otro modo de la energía que tal cúmulo de factores unidos generaba en mi interior. Tenía 38 años, pero no pude empezar hasta





*Días antes de la concesión del Planeta de 1967 -dotado entonces con 1.100.000 pesetas- ya se daba por seguro su triunfo.*

pasados los 40. Y no lo hice por conquistar la gloria y el dinero, valores que nunca he estimado hasta ese punto, sino por la tranquilidad de mi espíritu. Escribir ha sido para mí un imperativo categórico y, ¿por qué no decirlo?, un gozo inigualable. La creación es el placer de los dioses y uno, como hombre, no es, a mi juicio, otra cosa que un pequeño dios frustrado. Me cobré mi deuda escribiendo. ¿Qué mayor pago que trasfundir a otros seres humanos nuestro mundo interior?

#### IV

La literatura es mi forma de vivir. Al principio no tenía ni estilográfica ni máquina de escribir, ni siquiera dinero para cuartillas. Mis primeros originales están escritos en dorsos de facturas viejas. Yo había escrito versos en mi adolescencia, pero necesitaba un cauce más amplio que el de la métrica para vaciarme. Por eso elegí

el género novelesco. Recuerdo una anécdota que he referido públicamente alguna vez. Yo había presentado mi novela «Los olvidados» al premio Planeta cuando todavía se fallaba en Madrid, y Lara, como siempre, hizo unas declaraciones a la Prensa para hablar de los títulos que, en su opinión, tenían más probabilidades de ganar. No mencionó mi obra. Naturalmente, me sentí un tanto decepcionado, pero, como lo que más me interesaba entonces era saber si realmente estaba en mi camino, quise saber la opinión de los jurados, fui a preguntárselo al editor, que se hospedaba en el Hotel Plaza, haciendo de tripas corazón. Le encontré rodeado de gente extraña para mí. No obstante, le llamé aparte y le expuse mi pretensión. ¿Qué título?, me preguntó. Se lo dije. No le sonaba. Sin embargo, tuvo para conmigo la increíble amabilidad de bajar al estacionamiento de coches del hotel para recoger del suyo la carpeta de donde guardaba los informes sobre las novelas finalistas. Cuando volvió, nos sentamos a solas, lejos de sus acompañantes. Revolió la cartera y, tras una exclamación, dijo: «Sí, aquí

está, y con la máxima puntuación», y, sin darme tiempo a respirar, añadió, poniendo su mano sobre mi hombro: «Pero, ¿conoce usted a alguno de los jurados?». No, no conocía a ninguno. «Pues -y me palmeó el hombro- que Dios le ampare, amigo». Efectivamente, «Los olvidados» cayó en la primera votación. Pero yo ya había escrito «Los clarines del miedo»... Hasta ahora son, creo, veinticinco los títulos que he publicado, de los que catorce corresponden a novelas. He escrito libros de reportajes en París, Londres, Belfast y Alemania Federal. He recorrido los Estados Unidos pronunciando conferencias. He visitado Méjico, Suecia, Portugal, Bulgaria y la URSS, donde he llegado hasta Samarcanda, en Asia, y el Mar Negro, en Georgia. Algunas de mis novelas están traducidas y editadas en Canadá, Estados Unidos, Méjico, Inglaterra, Francia, Italia, Suecia, Finlandia, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Bulgaria, Alemania Federal y la URSS. A alguien le parecerán veinticinco libros detestables; a otros, excelentes, o mediocres, quién sabe. Ahí están. Es todo lo que yo puedo decir. Y pienso escribir más. Ahora he ter-



*Lara firma libros.*





Buero Vallejo y Lauro Olmo, en la concesión del Premio Ronesvalles 1971 a Angel María de Lera.



Recuerdo del Cenáculo de Ronesvalles en la cena coloquial sobre «El Ateneo de Madrid como problema». (28 de mayo de 1971).

minado otra novela «Secuestro en Puerta de Hierro» y sigo, día a día, trabajando en el que llevará el mismo título que esta reseña de mi vida, en él contaré ampliamente lo que ahora, por razones de espacio, ni siquiera he podido apuntar. He trabajado mucho y he amado más, porque, como siempre he dicho, el del novelista es un corazón derramado. Quisiera terminar con la pluma en la mano, cuando más absorto esté ante este mundo maravilloso que, en la soledad de mi gabinete, surge en mi imaginación al conjuro de las voces que oí en el largo y accidentado camino de mi vida, o que escuché en sueños, o que sólo sonaron dentro de mí. Porque escribir es vivir, y vivir es soñar.

## V

La situación social de mis compañeros de vocación en este país que si sigue brillando en el mundo es debido a sus escritores y artistas, me

indignó desde el mismo momento en que comencé la subida de su tradicional calvario. Como hombre que participó activamente en la lucha por las conquistas sociales, yo no podía admitir la indefensión de los escritores frente a la embestida de los poderosos ni su desamparo final. No oía más que quejas y lamentaciones a mi alrededor y yo mismo fui una víctima más. No me resigné y, con la ayuda de algunos compañeros, pocos, pero firmes, comencé nuestra campaña en pro de nuestros derechos sociales. Artículos, charlas, protestas y, tras cinco años de discutir con editores y funcionarios de la Administración alrededor de una mesa, se llegó al acuerdo de constituir la Mutualidad de Escritores de Libros de España, única entidad de este tipo, creo, que existe en el mundo occidental, cuyo financiamiento corre a cargo de la baja cuota de los mutualistas y de las aportaciones de los editores y del Estado. Data su funcionamiento de enero de 1971, y hoy disfrutan de

pensiones numerosos escritores y viudas e hijos de escritores. Fue nuestra primera victoria.

Luego quisimos fundar una asociación de carácter profesional, pero el régimen político de entonces nos exigía nuestra integración en un sindicato vertical, imposición que, naturalmente, rechazamos. Por ello, hubimos de esperar al cambio de régimen político para llevar adelante nuestro propósito. Y nació la Asociación Colegial de Escritores que, en poco tiempo y, a pesar de su penuria económica, reúne a casi un millar de afiliados y cuenta en su breve historia con dos grandes congresos, el de Almería, en 1979, y el que hemos clausurado recientemente en Sigüenza, ambos con la asistencia de delegaciones extranjeras y de más de un centenar de escritores españoles. En ellos se han tratado los más importantes problemas morales y materiales del creador literario o científico en la sociedad en que vive. Excepcional ha sido el de Sigüenza por su perfecta organización, por la calidad de las ponencias en él leídas y por el rigor observado en las deliberaciones, y, sobre todo, por haber coincidido con el conocimiento público de un anteproyecto de Ley de Propiedad Intelectual, que había provocado la mayor consternación en los círculos interesados en el tema. El congreso rechazó por unanimidad un proyecto tan retrógrado y lesivo para los autores de libros, proponiendo, a cambio, las bases de una alternativa razonable y justa, que se imprimirá y se hará llegar a los legisladores, al poder ejecutivo y a los medios de comunicación. La libertad de expresión, la Editora Nacional, la proyección del libro español, las bibliotecas, el escritor en la radio y la televisión nacionales, la defensa del idioma en los medios de comunicación del Estado, el teatro, los premios literarios y la presencia del escritor en los organismos oficiales en que se tomen decisiones que afecten a sus derechos, al libro y a la cultura en general, han sido los temas que atrajeron preferentemente la atención de la asamblea. Ciento veinte escritores encerrados durante tres días en el Parador Nacional de Sigüenza han elaborado un cuerpo de doctrina que abarca todo el temario que suscita el creador y difusor de cultura en la sociedad moderna. Ha sido un congreso laborioso, concienzudo y responsable. Para mí, sobre todo, un ejemplo de solidaridad. ■ A.M.L.